

lio Fabro o Carlos Cardona. La síntesis entre esas diversas influencias está, de ordinario, bien lograda, aunque en algunos momentos cabe percibir un cierto hiato entre el nivel metafísico y el antropológico, ya que éste no siempre deriva del primero sino de una experiencia y una reflexión que tienen vida propia. En todo caso, el camino seguido por Tomás Melendo —es decir, la valoración del trabajo desde la persona como ser que se expresa en el acto de amor— nos parece acertado, si bien no le seguiríamos del todo en algunas de las consecuencias que deduce de ese principio, ya que corre riesgo de desdibujar esa dimensión transformadora de la naturaleza que, a mi juicio —y al del profesor Melendo, como ya antes hemos señalado—, es consubstancial al trabajo.

J. L. Illanes

ROSS POOLE, *Moralidad y modernidad. El porvenir de la ética*, Herder, Barcelona 1993, 258 pp., 14 x 21,5.

Quien abra el libro de Poole y lea el título de su primer capítulo, *el mercado y sus morales*, puede tener la impresión de que se encuentra ante un libro de ética económica. No es ésa la realidad, como comprobará apenas se adentre en su lectura. A lo que Ross Poole —profesor de Filosofía en Macquarie University, en Australia— aspira es a realizar una reflexión sobre la ética considerada en toda su generalidad, más aún, como indican el título y el subtítulo de la obra, a interrogarse sobre el futuro de la ética en la sociedad contemporánea. Sólo que esa sociedad es una sociedad que se define y caracteriza precisamente por el predominio del mercado. Reflexionar sobre el presente y el futuro de la ética equivale en suma a

preguntarse si la ética tiene futuro en un mundo edificado sobre el mercado y cuanto el mercado implica.

Partiendo de Adam Smith, Poole define la sociedad comercial —es decir, la sociedad estructurada según una economía de mercado— como una sociedad definida por tres rasgos: la división social del trabajo, con el consiguiente régimen de intercambios; la existencia de un marco legal basado en la propiedad privada y un régimen de contratos; la propensión individual a una conducta orientada al interés propio. Prosiguiendo su análisis, Poole concluye que la sociedad comercial se caracteriza porque las relaciones entre quienes la integran tienen un carácter abstracto e indeterminado, de tal manera que las actividades que se realizan están encaminadas a objetivos a fin de cuentas externos a la persona: se realizan esas actividades para obtener unos beneficios gracias a los cuales se podrán cumplir los personales deseos y necesidades. Todo lo cual implica, para que resulte satisfactorio, el real funcionamiento del mercado. En otras palabras, la sociedad mercantil se basa en un doble principio: el de eficiencia, en virtud del cual se tiende a alcanzar una maximización de los beneficios, lo que permitirá que cada uno de los que concurren al mercado puedan satisfacer, posteriormente, el mayor número de sus necesidades; y el de consistencia, que, al garantizar un marco jurídico formal, permite que el mercado exista y funcione (pp. 17 ss.).

Con una sociedad así armonizan perfectamente dos de los sistemas éticos surgidos en la época moderna: el utilitarismo, basado en la racionalidad eficiente, y el formalismo kantiano, fundamentado en la racionalidad ético-jurídica. De ahí, en parte, su difusión y su éxito. Sólo que ambos sistemas están abocados a la crisis. Para introducir este paso adelante en su reflexión, Poole

procede a un nuevo análisis de la economía de mercado, ampliando sus consideraciones anteriores para dar entrada al concepto de capitalismo. El capitalismo —señala— es, como ya advirtiera Marx, algo más que el mercado: implica en efecto una estructura de producción (pp. 49 ss). Más concretamente —comenta Poole— un sistema económico-social en el que el acento está puesto en la producción y en el consumo, y ello en el contexto antes dicho, según el cual lo que cada sujeto produce es distinto de lo que desea y tiene por tanto como única función el acudir al sistema de intercambio para, en él, obtener unos beneficios que permitan, posteriormente, satisfacer necesidades. Los fines subjetivos son, en suma, externos al sistema, que se construye en consecuencia basado en una racionalidad puramente medial. La lógica que domina es, pues, a fin de cuenta la lógica del poder: la obtención de medios que, al estar desconectados de fines, no tienen más razón de ser que su crecimiento indefinido.

Todo ello —concluye Poole— no es otra cosa que la destrucción de la ética, que se define precisamente por la ordenación a lo que vale en sí y por sí. Llegado a este punto de sus reflexiones, el profesor australiano evoca como contrapunto la sociedad familiar y, concretamente, la figura de la madre que se desvela en el cuidado de su hijo (pp. 78 ss.). No hay, en ese caso, separación entre medios y fines, entre beneficio y satisfacción, ya que en el acto mismo de entregarse al hijo la madre se realiza y alcanza aquello a lo que aspira. No es ése, por lo demás, el único ejemplo: cabe mencionar también la experiencia de la amistad o, a otro nivel, el del sentimiento nacional, en el que el ciudadano se reconoce parte de la nación en la que se ha formado y realizado en el acto mismo de contribuir a su vida y a su

progreso. Poole aspira por esa vía a recuperar la comprensión clásica de la moral y de la virtud, como realización de un bien que es, a la vez e inseparablemente, bien de los demás y bien del sujeto que lo realiza.

Su diagnóstico sobre la sociedad contemporánea, en cuanto que sociedad basada sobre el utilitarismo y el formalismo, más concretamente, en cuanto sociedad que, al estar configurada en virtud de un modo de entender la producción que implica la separación entre medios y fines y la reducción del individuo a entidad abstracta, que interviene en el mercado prescindiendo de lo que íntimamente le constituye, presupone y promueve planteamientos utilitaristas y formalistas, es en consecuencia fuertemente crítico. Una sociedad así, una sociedad de cuyo funcionamiento está ausente la referencia a los fines, es una sociedad que gira en vacío; en otras palabras, una sociedad nihilista. No es por eso extraño que, después de haberse enfrentado con algunos de los planteamientos que, sin abandonar el formalismo, han intentado una fundamentación de la ética (Gewirth, Rawls, Habermas ...), Poole acabe evocando y analizando la figura del más característico de los teorizadores del nihilismo como conclusión de la historia moderna de la filosofía: Nietzsche (pp. 169 ss.).

¿Qué hacer, si así están las cosas? El itinerario seguido conduce lógicamente a una respuesta: recuperar la comprensión clásica de la moral como moral de la virtud, como moral de la radicación en el bien en el acto mismo de realizarlo. Ese es en efecto el tema del último capítulo, titulado precisamente «Hacia la moral» (pp. 203 ss.). Ahora bien, ¿cómo recuperar ese sentido auténtico de la moral en una sociedad basada, por el contrario, en el carácter impersonal de las relaciones? Alasdair MacIntyre, en *Tras la virtud*, se planteó el mismo pro-

blema, y no vio más salida que poner la confianza en pequeños islotes, marginales a la sociedad contemporánea, en los que se mantiene el sentido personal de las relaciones. Ross Poole, que evoca esa tesis, no la comparte: pensar así es —afirma— caer en una actitud retrógrada, que se aísla de toda posibilidad de recuperación, como lo confirma —señala— el hecho de que los ejemplos que ofrece MacIntyre de comunidades norteamericanas depositarias de sentido moral y de tradición son, de hecho, comunidades cerradas sobre sí mismas y, a fin de cuentas, enclaustradas.

La solución —continúa— debe buscarse de cara al futuro, un futuro del que nada sabemos, pero hacia el que han apuntado algunos planteamientos utópicos, como el de Marx cuando soñaba con una sociedad en la que se hubieran superado los intereses de clases o el del feminismo en la medida en que connota una continuidad entre lo público y lo privado. En todo caso —concluye— es necesario superar la modernidad y soñar con un mundo en el que la moral sea de nuevo posible. Nada garantiza que eso vaya a ocurrir, pero cabe, al menos, confiar en que así sea.

El libro de Poole contiene múltiples análisis y consideraciones interesantes. Su concepción de la moral y su afirmación de la interacción existente entre planteamientos éticos y estructuras sociales, van, a nuestro juicio, al fondo del problema. Compartiendo también su crítica al arcaísmo de algunas páginas del MacIntyre de *Tras la virtud* nos parece también acertado, aunque su apuesta por un utopismo del futuro no constituye, ciertamente, un sustitutivo mejor. A decir verdad, aflora ahí un agnosticismo, que subyace también a otros puntos de su obra, que conduce, como única salida, a la confianza en la historicidad. Por nuestra parte, y si parece necesario ofrecer una

solución, dirigiríamos más bien la mirada a la familia y a los otros ámbitos de relaciones personales hoy existentes y, en última instancia, al hombre mismo en cuyo ser late la capacidad de infinito, más concretamente, la llamada de Dios.

J. L. Illanes

José Luis ESPINEL, *El pacifismo del Nuevo Testamento*, ed. San Esteban, col. «Paradosis» n. 8, Salamanca 1982, 237 pp., 13 x 20,5.

No es infrecuente que, en ocasiones, el cristiano tenga que habérselas con objeciones de tipo histórico al pretendido pacifismo por parte de la Iglesia y de los cristianos en general. La historia, ciertamente, ofrece datos para todos los gustos. Sin embargo, quizá se le pasan al cristianismo facturas que resultan algo abultadas; o, al menos, se olvidan demasiado rápidamente las deudas contraídas con una fe cristiana que ha hecho posible, a pesar de algunas sombras, la alta estima contemporánea sobre los derechos humanos o el respeto a la vida, por citar unos ejemplos.

No es un libro apologético el que ahora nos ocupa, en el sentido negativo que a veces toma esta expresión. Tampoco trata de la historia de la Iglesia. Pero aborda uno de los puntos que en la actualidad da lugar a polémicas: ¿pacifismo hasta qué punto?; ¿de qué tipo es el «pacifismo cristiano»?; ¿radicalismos en favor de la paz?; ¿qué imagen de Dios está implicada en la cuestión de la paz?; ¿qué se puede deducir de la conducta y palabras de Jesús y del Nuevo Testamento?

El A. pasa revista al tema. Un primer capítulo se ocupa de los movimientos políticos y sociales del tiempo de Je-